

Diana Mitford

LA DUQUESA DE WINDSOR

Memorias de una amiga

Traducción del inglés de
Paloma Gil Quindós

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
1. UNA JOVEN DAMA DE BALTIMORE	19
2. ESPOSA DE UN OFICIAL DE MARINA	27
3. EL PRINCIPITO	35
4. PRÍNCIPE DE GALES	47
5. DIVORCIO Y SEGUNDO MATRIMONIO	57
6. <i>ICH DIEN</i>	67
7. LA SEÑORA SIMPSON CONOCE AL PRÍNCIPE	79
8. EL PRÍNCIPE ENAMORADO	87
9. AMADA POR UN REY	99
10. NUBES DE TORMENTA	109
11. ABDICACIÓN	117
12. DE REY A DUQUE	127
13. MATRIMONIO	139
14. LOS DOS PRIMEROS AÑOS	151

15. GUERRA	161
16. LAS BAHAMAS	175
17. LOS WINDSOR EN FRANCIA	181
18. LA GENIAL DUQUESA	195
19. VEJEZ	203
20. RECAPITULANDO	213
<i>Notas</i>	221

INTRODUCCIÓN

*Del excesivo amor a la vida,
de la esperanza y del miedo ya liberados,
agradecemos con breve oración
a cuantos dioses puedan existir
que nadie viva para siempre,
que ningún muerto se levante,
que hasta el río más agotado
llegue deslizándose al refugio del mar.*

SWINBURNE

Cuando este libro se publicó por primera vez, la duquesa de Windsor aún vivía, pero ella no llegó a verlo. Su corazón latía y por tanto estaba viva, pero era alimentada artificialmente y se la suponía inconsciente de lo que la rodeaba. Tenía tres enfermeras, varios médicos, un abogado. No recibía visitas: un letrero en el vestíbulo de su casa firmado por los médicos la prohibía. De todas formas, ella no habría reconocido a ningún visitante, ni siquiera habría notado que alguien había ido a verla. Sus parientes hubieran podido visitarla, pero no le que-

daba ninguno. Sí tenía familia política en Inglaterra, y ellos también hubieran podido ir, pero solo habrían visto un cuerpo prostrado en cama al que se dispensaba, según dijo un doctor inglés, «cuidados exquisitos».

No se sabe si quienes están sumidos en ese penoso estado pueden siquiera pensar, si sueñan, si tienen pesadillas. Hace poco me contaron de un paciente cuya hija fue a decirle al médico el desconsuelo que veía en su semblante. El médico descartó la idea de que estuviera afligido: según él, se hallaba totalmente inconsciente y no podía sentir nada; pero la mujer insistió y consiguió que le pusieran una inyección a su padre. La cara del hombre cambió al instante.

La última vez que vi a la duquesa, parecía completamente derrotada; su rostro, el de una figura trágica. Si hicieron algo por ayudarla, no lo sé. En casos como el suyo, lo más necesario es una familia informada de que hay otras formas posibles de ayudar al enfermo. Después de mi última visita, la duquesa vivió otros diez años; solo tres días más ya habrían sido demasiados. La mantuvieron «viva» hasta los noventa años. Es un tormento pensar que quizá no estuviera tan inconsciente como los médicos suponían.

Su abogada, la señora Blum, una mujer de carácter fuerte, idolatraba a la duquesa. Si por el lado de la medicina solo cabe pensar que su infortunio fue casi inconcebible debido a su total aislamiento, al no haber un solo familiar que pudiera intervenir para ayudarla, en el terreno legal, en cambio, fue muy afortunada: Blum se percató de que el archivo que custodiaba tenía gran importancia y ahuyentaba a todo el que osara intentar hacerse con él o amputar las verdades que contenía.

La abogada, a su vez, también tuvo la fortuna de que el joven letrado que se unió a su despacho para hacerse un nombre en la esfera internacional fuera Michael Bloch, que con el tiempo demostró ser un excelente escritor. Advirtiendo su talento, Blum le dio los papeles de Windsor para que se documentara, y Bloch escribió varios libros; el mejor de ellos, *The Duke of Windsor's War* [La guerra del duque de Windsor]. Esta obra, un relato día a día de las actividades del duque y de todo lo que realmente sucedió desde 1939 hasta que zarpó de Portugal rumbo a las Bahamas al ser nombrado gobernador allí en 1940, sale al paso de las diversas calumnias con las que la prensa amarilla inglesa se cebó en el duque.

Sencillamente, el duque quería servir a Inglaterra sin salir del país, pero le dejaron claro que la duquesa no iba a recibir el trato que le correspondía como esposa suya. Por eso aceptó, de mala gana, el cargo de gobernador de las Bahamas y vivió allí hasta el final de la guerra. Al parecer, su carisma y popularidad levantaron envidias: eran dones que el destino no había otorgado a otros miembros de su familia. Si lo enviaban a miles de kilómetros, el recuerdo de lo que había sido en su país poco a poco languidecería; y acertaron con la idea, pues cuanto más tiempo pasaba, menos ganas tenía de volver a Inglaterra: su hogar estaba donde estuviera la duquesa. Winston Churchill, el primer ministro que hubo de comunicarle la orden de ir a las Bahamas, al hacerlo añadió estas significativas palabras: «Hice todo lo que pude».

Cuando abdicó, el nuevo rey le prometió que, pasado un tiempo, podría volver de vez en cuando a Fort Belvedere (en Berkshire), la casa que tanto amaba; pero había sido un acuerdo de caballeros, nada quedó por escrito, no firmaron ningún

documento legal. Y el duque nunca quiso recurrir a la justicia; a su modo de ver, eso solo podía perjudicar a la monarquía. Lo mismo pasó con el título de la duquesa: los abogados coincidían en que ganaría el juicio, pero él se negó a contemplar la idea de entablar ningún pleito.

Imposible exagerar la soledad de la duquesa de Windsor durante sus ocho últimos años de vida. Georges Sanègre no fue solo un excelente mayordomo, sino un amigo para ella, un hombre de excepcional gentileza que además la apreciaba de veras. Cuando fueron vetadas las visitas de los amigos, yo seguí yendo a la casa para hablar con él. Le hice prometerme que me llamaría si, por poner un caso, alguna de las enfermeras no la atendía como era deseable. Fui a verlo bastante a menudo; para él y para su mujer, Ofelia, aquello era sin duda como vivir en una tumba.

Transcurridos un par de años, Sanègre me llamó para pedirme que fuera a la casa. Y allí me personé al instante, preguntándome qué podría hacer yo si había malas noticias: no tenía potestad para tomar ninguna decisión, era solo una amiga. Pero el motivo de su llamada era otro muy distinto. Me llevó al comedor y me mostró la mesa puesta como para una cena de gala, con la bellísima vajilla de porcelana y oro vermeil completa, igual que en los viejos tiempos. Al parecer, los periódicos habían publicado que las pertenencias de la duquesa estaban desapareciendo, y él quería que yo pudiera atestiguar que no era cierto; al final, nadie me hizo esa pregunta.

La presencia de Georges Sanègre en la melancólica casa del Bois de Boulogne fue muy importante, sin él todo habría sido mucho peor; es posible que la duquesa, en sus momentos

de lucidez (si los tenía), se preguntara qué había sido de toda la gente que antes acudía a verla y si no sería que todos la habían abandonado por completo.

Pasaron años sin que nadie la viera y circularon toda clase de historias y teorías, la mayoría puras invenciones; muchas de ellas señalaron injustificadamente a la señora Blum. Como los demás amigos que fueron apartados, ella obedeció a los médicos, que cumplían su compromiso ético de salvaguardar la vida de la paciente y preservarla de la muerte. A juzgar por las horribles consecuencias de tal compromiso, debería darse un nuevo significado a la palabra «vida»: como poco, no puede seguir aplicándose a un cuerpo inconsciente y muy envejecido dotado de un corazón que late. Alguien que visitaba a un anciano en un hospital inglés, mirando el cuerpo del hombre acurrucado en la cama, preguntó:

—¿En qué consiste su vida?

—En comer y excretar —fue la respuesta.

La duquesa tenía, claro está, muchos parientes políticos: la familia real inglesa. Ellos tenían derecho a verla y, dado el caso, sugerir algún remedio. Siempre pensé que si hubieran convocado un consejo de médicos ingleses, franceses y americanos, podría haber recibido un trato más humano; pero la iniciativa tenía que partir de la familia. Los médicos evitan el conflicto, colaborar es su norma; renuente pero compasivo, un facultativo inglés se prestó a asistir a tal reunión, se trataba de un caso singularmente terrible. No hubo el valor ni la humanidad suficientes para tomar la iniciativa. ¿Seguía siendo el rostro de la duquesa la máscara trágica que tanto me impresionó la última vez que la vi? Y si era así, ¿se hizo algo por aliviar su sufrimiento?

La duquesa murió en abril de 1986. La enterraron en Frogmore, junto al duque, tras un funeral muy bonito oficiado en la capilla de San Jorge en Windsor.

DIANA MOSLEY

París, verano de 2003



Der du, ohne fromm zu sein, selig bist!

Das wollen sie dir nicht zugestehn.

GOETHE

En una cena celebrada en París en los años sesenta del siglo xx, se planteó a los comensales la pregunta de qué deseo formularían si les fuera dado cumplirlo. Todas las respuestas eran variaciones sobre el tema de la felicidad alcanzada por medio de la salud y el dinero, con el acento puesto en el dinero. El duque de Windsor, entre los invitados, callaba; hasta que la duquesa lo interpeló:

—Y tú, ¿qué desearías tú? —le preguntó.

—A ti —fue la respuesta.

Todos sus conocidos sabían que la respuesta era la pura verdad: para él, ella era el mundo entero. Después de más de treinta años juntos, el drama ya desvaído en torno a su matrimonio era solo un incidente remoto de antes de la guerra. El hermano que lo sucedió en el trono había sido un rey popular; su sobrina, la actual reina, lo era más todavía. Un cínico podría insinuar que al duque de Windsor no le quedó más remedio que dar por buena la pérdida del mundo por amor,

porque había tirado el mundo por la borda y nunca iba a admitir que cometió un error; pero el cínico estaría totalmente equivocado.

Intentar desvelar algo de la mujer que inspiró un amor tan hondo y duradero, y del hombre que se lo prodigó, es el propósito de este libro.

DIANA MOSLEY

Temple de la Gloire, Orsay, 1980

UNA JOVEN DAMA DE BALTIMORE

Yo nací americano, viviré americano y moriré americano.

DANIEL WEBSTER

Bessie Wallis Warfield nació el 19 de junio de 1896 en una casita de campo de Blue Ridge Summit, en Pensilvania, donde la familia solía ir a veranear; pero nació allí por pura casualidad. El parto se presentó un poco antes de tiempo, y estaban allí porque el delicado estado de salud del padre les había hecho huir del calor de Baltimore, la ciudad natal de él y donde estaba la casa familiar en la que tenían previsto que naciera la niña.

Los Warfield habían llegado a Estados Unidos en 1662: un antepasado de Wallis, Edwin Warfield, había sido gobernador de Maryland. La familia, muy arraigada en Baltimore, gozaba de consideración social. La familia de la madre, Alice Montague, era de Virginia, y uno de sus miembros fue el gobernador del estado de 1902 a 1906. Los Montague eran famosos por su buena presencia y su afilada lengua. La duquesa de Windsor repite alguna broma de su madre en sus memorias;

el lector no las encontrará especialmente graciosas, pero está claro que sí lo parecían entonces.

—¡Es tan Montague! —exclamaban los allegados cuando la propia Wallis hacía un comentario ocurrente.

Treinta años antes, sus cuatro abuelos habían apoyado la causa confederada en la guerra de Secesión; probritánicos y antiyanquis, llevaban a gala la detención del abuelo paterno de Wallis por «los hombres de Lincoln». El hombre había muerto antes de nacer Wallis, pero el odio de su esposa a los yanquis habría asustado al mismísimo Jefferson Davis: la abuela jamás dejó entrar en su casa a ningún norteno.

—Ni se te ocurra casarte con un yanqui —solía decirle.

Cuando Wallis (prescindió del Bessie de niña: según ella, era nombre de vaca) tenía solo unos meses, su padre murió a la edad de treinta y siete años, dejando a su madre sin un céntimo. Los Warfield no eran muy ricos, pero sí lo suficiente como para hacerse cargo de la viuda y la huérfana. Wallis tuvo una infancia feliz; adoraba a su madre, que era muy guapa y la metió en un colegio muy distinguido de Baltimore. Vivieron unos años con la abuela Warfield, afable pero estricta, y Wallis pasaba las vacaciones en las casas de campo y granjas de sus tíos. El mayor benefactor fue su tío soltero Solomon, próspero banquero y presidente de la Continental Trust Company; «el Templo de Solomon» era como llamaban a sus oficinas. Él pagó las cuotas del colegio y corrió con los demás gastos hasta que la señora Warfield volvió a casarse; el nuevo marido, J. F. Rasin, bastante adinerado, procedía de una prominente familia de políticos, como los Warfield y los Montague. La madre de Wallis, que tenía fama de excelente cocinera, dio succulentas cenas con el señor Rasin en Baltimore.

Wallis fue enviada entonces al internado de Oldfields, cuyo lema, inscrito en la puerta de todas las habitaciones para que no lo olvidasen nunca, era: «De las niñas se espera en todo momento dulzura y cortesía». Dulzura y Cortesía eran, además, los nombres de los equipos de baloncesto del colegio. Muchos años después, comentando en sus memorias el énfasis de Oldfields en los buenos modales, Wallis dijo preferirlo al método vigente, que propiciaba comportamientos «desinhibidos» entre los jóvenes.

Wallis destacaba en los deportes y en los estudios. En Oldfields, donde hizo amigas para toda la vida, parece que fue muy feliz. La directora, Miss Nan McCulloh, era anticuada y severa. Conforme a la costumbre de la época, se consideraba primordial el aprendizaje de memoria: «Miss Nan» no dejaba a ninguna niña volver a casa para las vacaciones de Navidad si no sabía recitar palabra por palabra algún capítulo de la Biblia. Mientras Wallis estaba en este colegio, murió su padrastro. Fue en el mes de abril de 1913; ella y su madre volían a ser pobres otra vez.

En 1914, al dejar Oldfields, Wallis estampó su firma en el libro del colegio bajo la frase «TODO ES AMOR». Los mensajes que dejaron anotados las demás niñas eran tremendamente bobalicones, como «Lo importante son las pequeñas cosas» o «Viva la historia de Inglaterra». La apretada caligrafía adolescente contribuye a la impresión general de banalidad, mientras que Wallis tenía una letra adulta, personal; su firma y sus palabras resaltan en la página.

Su presentación en sociedad fue un 24 de diciembre en el baile de debutantes del cotillón de los solteros de Baltimore. Se puso para la ocasión un vestido de raso blanco y una túni-

ca de gasa blanca ribeteada con perlas: nunca le faltó gusto para la ropa. Pero su tío Sol, que había dado una fiesta para la prima de Wallis, se negó a celebrar la puesta de largo de ella: la Gran Guerra había empezado en Europa, y el banquero publicó un aviso en la prensa explicando que no iba a ofrecer un baile para su sobrina Wallis Warfield «mientras los hombres son masacrados y sus familias quedan en la indigencia en el terrible desastre que devasta Europa». Año y medio después, el desastre golpeó a la propia Wallis, aunque a ella no se lo pareciera en aquel momento.

La lejana guerra redujo mucho las fiestas habituales, pero al parecer Wallis logró lo que durante toda su vida llamó «pasarle bien». Junto a los demás integrantes de la juventud dorada de Baltimore, por la noche acudía a bailes y fiestas, y las mañanas las pasaba hablando interminablemente con sus amigas por teléfono. Aunque eran pobres, a nadie se le ocurrió que se pusiera a trabajar; igual que sucedía en Inglaterra, la única carrera abierta por entonces a las chicas como Wallis era el matrimonio. Ni una sola de sus compañeras de Oldfields fue a la universidad, y desde luego tampoco ninguna buscó un trabajo.

En 1915 murió su abuela, la señora Warfield, y la familia se sumió en el luto. Unos meses después, cuando una prima la invitó a su casa de Florida, la madre de Wallis la convenció para que fuera; pensaba que su hija ya había guardado suficiente luto, si bien las costumbres de la época en Baltimore dictaban que no podía andar de acá para allá pasándolo bien. Su prima Corinne se había casado con el señor Mustin, capitán de navío de la Marina de Estados Unidos y comandante de la recién creada base aérea de Pensacola. La aviación daba

sus primeros pasos, los pilotos eran vistos como apuestos héroes. Todos los aviadores de Pensacola esperaban participar en la guerra de Europa: un deseo que pronto le fue concedido a la mayoría.

Al día siguiente de llegar a Pensacola, Wallis escribió a su madre: «Acabo de conocer al aviador más fascinante del mundo». Era el teniente Earl Winfield Spencer Junior, de la Marina de Estados Unidos. Se veían muy a menudo; a ella le parecía muy atractivo, y puso diversas excusas para prolongar su estancia en Pensacola.

Allí se originó su miedo a volar, que le duró toda la vida. La «sirena de accidentes aéreos» sonaba mucho en aquella base militar. Las esposas y amigas de los pilotos tenían prohibido usar el teléfono al oír la sirena para evitar interferencias con posibles llamadas importantes, y pasaban muy malos ratos hasta saber quién se había estrellado y si estaba herido o muerto. En muchos casos los aviones caían al mar y los hombres eran rescatados enseguida, pero también había numerosos accidentes mortales.

Win Spencer y Wallis se veían a diario, estaban cada vez más unidos. Cuando él le propuso casarse, ella aceptó. Una fotografía de él tomada por entonces muestra a un hombre de aspecto alarmante, un poco brutal, con la boca muy cerrada pero como a punto de abrirse para soltar un sarcasmo. Dicen, sin embargo, que tenía encanto y que cuando durante el siguiente permiso Wallis se lo presentó a su madre, a su tía Bessie Merryman y al tío Sol, todos le dieron su bendición, aunque con alguna reserva; su madre le señaló lo difícil que podría ser adaptarse a la vida de esposa de un oficial de Marina, tan sujeta a reglas; pero no parece que nadie adivinara lo

difícil, lo imposible que acabaría siendo aquel marido. Wallis estaba enamorada, y además también sabía que casándose liberaba a su madre de la carga de sustentarla.

La joven pareja fue a visitar a los Spencer, que vivían en un barrio residencial de Chicago. La señora Spencer era inglesa. La familia de Win recibió bien a Wallis y les deseó a ambos toda la felicidad posible, aunque no podían ayudarles económicamente; quedó claro que el sueldo de Win era todo lo que la pareja tendría para vivir, pero eso no preocupó a Wallis en absoluto. Estaba más que acostumbrada a arreglárselas con muy poco.

Tenía veinte años cuando en noviembre de 1916 se casó con Win Spencer en la misma iglesia donde años antes se había confirmado: Christ Church, en Baltimore, llena ahora de lirios y crisantemos blancos para la boda. Sus seis damas de honor lucieron vestidos largos de color rosado con un lazo de terciopelo azul; los amigos del novio, el uniforme de la Marina. Wallis llevó un vestido de terciopelo de seda blanco sobre unas enaguas de encaje —reliquia de la familia—, y un velo de tul con una corona de flores de azahar. Su tío fue el padrino de bodas. Cuando Wallis lanzó el ramo al aire en el convite, lo recogió Mary Kirk, su mejor amiga desde los tiempos de Oldfield; poco después, Mary se casó con el capitán francés Jacques Raffray, que llegó a América como oficial de enlace después de que Estados Unidos entrara en la guerra.

En su corta luna de miel, los recién casados se alojaron en un hotel de White Sulphur Springs, en Virginia Occidental. Wallis estaba mirando el jardín por la ventana cuando oyó a Win soltar una maldición detrás de ella: había leído el letrero colocado bajo el cristal del tocador avisando de que en

Virginia Occidental regía la ley seca y allí no se vendían bebidas alcohólicas.

—Imposible quedarnos aquí, faltaría más —exclamó Win, abriendo su baúl para sacar una botella de ginebra de entre las camisas y los calcetines.

A los veinte años, exceptuando alguna copa de champán en Navidad, Wallis no había probado el alcohol. En las succulentas cenas que daba su madre, la comida no se regaba con vino; había una bandeja de «licores surtidos» para tomar antes o después de sentarse a la mesa, como todavía hoy sigue siendo costumbre en muchos hogares americanos. No tardó en descubrir que su marido bebía demasiado y que al beber se ponía grosero, agresivo y hasta violento. A Wallis le esperaban momentos difíciles.